

No cesaba de corretear por el pasillo, de un lado a otro sin parar, casi jadeando y con un jolgorio inusual hasta entonces. No era para menos. Tan solo restaban cuatro días para mi cumpleaños. Sabía que esos dos pares de jornadas iban a tornarse interminables, una espera tortuosa, pero por la que sin duda merecía la pena pasar. Podía imaginarme mi bicicleta, mi primera bicicleta, de mil colores y formas, pero de cualquier modo irresistible. Mi padre prometió comprarme una el día que yo cumpliera diez años, y al ser inminente tal acontecimiento yo no cabía en mí de gozo, me era imposible pensar en otra cosa que no tuviera dos ruedas y un sillín.

Era como una espina clavada. La mayoría de mis amigos tenían bicicleta desde hacía meses o incluso años, circunstancia que en gran parte me favoreció no sólo para acabar de convencer a mi progenitor, si no también para aprender a montar e incluso hacer virguerías, a cual más imprudente. Imagino que mi padre desconocía por completo cuanto docto era yo a los mandos de estos artilugios, ya que de haberme visto zambullirme en las pozas a lomos de una vieja bici que encontramos me habría encerrado en el desván con cuatro candados. Y eso que fue de lo menos temerario que hicimos por aquel entonces.

Casi estábamos en julio. Recuerdo que el calor no sobrevino antes que de costumbre y no había quien lo aguantase. Por suerte ya habíamos acabado las clases y evitamos el tener que cocernos como cangrejos en una de esas cochambrosas aulas, a las que por fortuna no tendríamos que volver hasta dentro de unos meses. Mis colegas y yo solíamos pasar las tardes chapoteando en una poza o en el pantano para hacer frente al impuntual estivo, pues de no haber estado en remojo bajo ese sol de justicia habríamos acabado secos

como un árbol de corcho. Fue una lastima el no haber tenido la bicicleta para entonces, ya que cada vez que acudíamos a bañarnos me tocaba ir con algún compañero sentado sobre un incomodísimo portabultos que se me iba clavando en cada bache. Acabó siendo, para mi desgracia, un motivo de discordia el que me tuvieran que llevar cada día uno hasta aquellas frescas aguas. Lo entiendo, a mi tampoco me hubiera gustado cargar con el doble de peso, sobre todo en las subidas.

Aquel día esperaba impaciente a que llegasen a mi puerta a buscarme. La emoción por saber que en pocos días tendría la bicicleta en mis manos y las ganas de salir de aquel horno en forma de vivienda me tenían dando vueltas por todas las habitaciones como un peregrino doméstico. Presa del aburrimiento me abalancé sobre un sofá y aguardé la llegada de los chicos mirando por la ventana del salón, que daba justamente a la calle principal. Al poco tiempo lamenté haber hecho tal cosa. Vi pasar a mis queridos amigos por delante de mi casa con sus flamantes bicicletas, todos con la toalla al hombro y con una expresión jovial que me enervó. Incluso pude apreciar como alguno de ellos miraba de reojo a la ventana de mi habitación. Ni tan siquiera se habían molestado en tomar el camino largo y evitar así pasar por mi calle, a sabiendas de que podría estar perfectamente en el patio delantero o tumbado en el porche. Esos miserables. Habían conseguido que mi hilaridad se convirtiera en amargura en un abrir y cerrar de ojos. Traté de hacerme el duro delante de mis padres, como si nada hubiera pasado, pero la soledad a la que me había visto abocado se delataba en mi apesadumbrado rictus y opté por pasar el resto del día encerrado en mi cuarto. Creo que no pasó más de hora y media cuando ya estaba bajo la ducha tratando de aliviar el inevitable sofoco. Quedarse en casa era imposible.

Muy a mi pesar tuve que salir a airearme un poco. No me apetecía en absoluto hacerlo, ni tan siquiera dar un garbeo, pero no había alternativa. Caminé hacia el final de la calle cabizbajo, todavía me dolía la jugarreta de mis hasta entonces amigos y ya ni siquiera me animaba el pensar en mi aniversario, ni siquiera los regalos. No obstante con el paseíllo fui olvidándome de mis pesares y cuando llegue al descampado estaba incluso algo animado, lo suficiente como para tirar piedras a los viejos cubos de basura del barrio y recrearme con el estruendo. Era lo bueno de esa época del año; casi todos los vecinos estaban de vacaciones y se podía armar alboroto hasta de noche. Me senté agotado sobre un enorme tocón a mirar la empinada cuesta por la que había llegado. La vuelta a casa iba a ser bastante más costosa y tenía que reponer fuerzas, además notaba como una presión alrededor del cuello que me agobió un poco, pero lo achaqué al mezquino calor. Salí de mi ensimismamiento cuando contemplé fascinado como un par de pequeños mapaches entraban jugueteando en la última casa de la calle, la que sin duda estaba más conservada de toda esa fila, mejor incluso que las que la precedían, que ni siquiera habían sido habitadas. No recordaba haber visto a los dueños más que una o dos veces. Eran un matrimonio mayor con un hijo de mi edad al que jamás conocí, pero supe por mis amigos que nunca salía a jugar o a dar una vuelta. De hecho no estaba seguro de que vivieran allí todo el año, y en ese momento la casa parecía totalmente desierta. Ni cartas en el buzón, ni basura en los cubos, ni coches en la entrada. Nada de nada. Tanta calma me animó a allanar la vivienda en busca de los revoltosos animales que tanto me gustaban. En una ocasión tuve una cría que acabo escapándose a la semana de encontrarla, y desde entonces no había vuelto a tener uno entre mis brazos. Con los inquilinos fuera de escena nadie podría alterar mi pacífica cacería y sin más accedí a la casa a través de una ventana de la parte trasera. En mi barrio todas las viviendas eran prácticamente iguales y conocía alguna que otra artimaña

para colarme en caso de necesidad. Dentro el sosiego reinaba. No había rastro de los escandalosos omnívoros y tampoco parecía que hubiesen causado destrozo alguno. Todo estaba colocado con un orden exquisito, como si cada objeto estuviese fijado con pegamento para no alterar la armonía decorativa. Parecía un museo más que un hogar. Estaba claro que se habían ido de vacaciones, pues no estaba conectada la corriente y una fina capa de polvo tamizaba todos los muebles, sin que por ello dejara de tener un aspecto señorial todo cuanto vi a mi alrededor. Deambulé por la cocina y el comedor esperando encontrarme a los pequeños intrusos agazapados en algún rincón, pero fue en vano. Habrían salido de la casa ya. Sentí como que no debía quedarme más allí y decidí hacer una rápida visita al resto de estancias de la planta baja, que eran las mismas que las nuestras, pero bastante más resultonas. Atravesé un cuarto de estar muy ornamentado y abrí una puerta corredera doble que daba al salón. Entonces lo vi. Estaba allí, en el medio de la habitación, pendiendo inerte de una robusta viga de madera. Mentiría si dijese que no me impresionó en un primer momento, aunque me resultó extrañamente agradable. Tras permanecer unos instantes bajo el quicio de la entrada me aproximé a él con pasos cortos, sin prisa pero sin pausa. Ya que había llegado hasta ahí tenía que contemplarlo más de cerca. Sí, ese debía ser el chico del que me habían hablado, el que nunca salía a la calle. Únicamente no llegué a saber por que estaba ahí ahorcado.

Era la primera vez que veía a una persona muerta. No me pareció algo tan terrible como había venido oyendo durante toda mi vida, la verdad. Tenía un aspecto poco saludable, sí, pero de haber yacido sobre el sofá habría apostado a que estaba en brazos de Morfeo. Colgaba de una áspera cuerda de esparto muy bien trenzado. Tan sólo estaba a un palmo del suelo y no había nada a su alrededor en lo que apoyarse, por lo que alguien tuvo

que haberlo ahorcado. Bien pensado, no sabía como demonios podía encaramarse un chico como él hasta el techo, porque además el otro extremo del cabo estaba anudado a una viga adyacente. Ciertamente era un panorama curioso. Su ligero aspecto mortecino se apreciaba por las marcas moradas que la sogá había hecho alrededor de su pequeño cuello y por una ligera palidez que solo noté al mirarlo muy de cerca. Tomé asiento en uno de los enormes sofás que flanqueaban al finado para mirarlo. Perdí la noción del tiempo; cuando me quise dar cuenta el anochecer era inminente y con él la hora de volver a casa. A pesar de tener que darme prisa, me quede un momento junto al cuerpo y le dije adiós, tal y como habría hecho con un amigo normal. Supuse que era el único que me quedaba.

Amanecí bien entrada la mañana y dirigí mis pasos a la cocina para aliviar el hambre. Apenas sí había probado bocado la noche anterior. Mis padres estaban fuera trabajando y yo no tenía nada que hacer por el momento. Un día normal ya habrían venido a recogerme para darnos el pertinente baño de antes del almuerzo, pero definitivamente esas alimañas habían decidido olvidarse de mi hasta que no tuviera mi propia bicicleta. Me atreví a pensar que ya no les necesitaba. Hasta que conociera a nuevos chicos de los alrededores podía bastarme mi difunto y secreto compañero. Después de comer no me resistí a la tentación de bajar la calle para hacerle una visita a escondidas de todos los vecinos, que apuesto nunca habrían sospechado lo que albergaban esas cuatro paredes en las que me pasé encerrado voluntariamente varias horas. Aquella soleada tarde acerqué el sillón un poco más al cuerpo. Desde esa posición resultaba algo forzado mirar sus ojos sellados, aunque me pareció más fascinante la forma en la que había colocado sus manos tras fallecer. Ambas parecían sujetar un objeto cilíndrico invisible, cuando lo normal habría sido que estuvieran totalmente cerradas o con todos los dedos sueltos, e incluso se

encontraban algo elevadas como si intentara doblar los brazos. No me había fijado en esos detalles el día anterior, pero era un disparate pensar que el cadáver hubiese cambiado de postura durante la noche. Cualquiera otro niño de mi edad se habría aburrido de estar así a los diez minutos o directamente habría huido despavorido al ver el ahorcado, mas entre él y yo existía una rara complicidad espontánea, como si en silencio pudiéramos mantener una conversación de horas. Animado por esa descabellada tesitura me atreví a empujar el cuerpo para hacerlo balancear. Su siniestro vaivén me dejó embelesado, no podía dejar de seguir con la cabeza el enorme péndulo que había creado, me senté incluso para contemplar sus oscilaciones hasta que éstas desaparecieron por completo y volvió a reinar la calma. A pesar del sosiego que me había provocado admirar el panorama tenía el corazón bombeando frenéticamente bajo mi tórax. Creí conveniente volver a mis dominios antes de que mis padres comenzaran a preocuparse. Seguramente ya se hubiesen dado cuenta de que nadie me venía a buscar después de la comida y que aún así me tiraba toda la tarde fuera de casa. Mientras cenábamos esa misma noche mi madre, efectivamente, me preguntó que hice tanto tiempo por ahí. Respondí sereno que había conocido a unos chavales y habíamos estado hablando y jugando cerca del descampado. Más o menos esa era la verdad.

A la mañana siguiente también me levanté relativamente tarde y no hice nada extraordinario hasta que regresaron mis progenitores. Tras la comida estuve meditando si quedarme descansando o escabullirme de nuevo a la casa de mi colega. La experiencia extrasensorial que sufrí el día anterior me encantó ciertamente, pero en ese momento me provocaba un cierto temor a volver al lugar, un recelo más bien, y por tanto opté por permanecer junto a mi familia al menos hasta que cambiase de opinión. Mi madre irrumpió en mi habitación cuando yacía meditabundo sobre la cama y me dijo que un amigo había

venido a buscarme para ir a jugar al baloncesto. Era lo último que esperaba oír de su boca cuando la miré apoyada en el marco de la ventana. Me asomé furtivamente y vi a uno de mis antiguos compañeros de juegos botando una pelota sobre mi acera, y aunque me apetecía salir a jugar me aferré al rencor que aun sentía y le confesé a mi madre que me encontraba lo suficientemente enfermo como para quedarme en casa el resto del día. Revolvió mi pelo sonriendo y bajó a la cocina para subir al poco rato con mi cena, servida sobre una bandeja junto a un par de aspirinas que oculté tras la estantería. Dado lo cómodo que estaba allí tumbado con el fresco de la noche acariciándome la mejilla pensé en quedarme definitivamente, pero algo en mi cabeza me animaba a volver a esa casa donde a buen seguro me esperaba mi mudo contertuliano. Incapaz de salir por la puerta sin ser visto, me descolgué por el andamio que mi padre tenía montado para pintar la pared y me dirigí linterna en mano hacia la casa. Allí me esperaba, inmóvil y rígido como de costumbre, envuelto en una penumbra desquiciante y en un curioso olor a grasa. Esa vez permanecí mucho menos tiempo junto a él que en las anteriores visitas. El lugar era ya familiar para mí, como un segundo hogar, pero la falta de luz y los ruidos nocturnos comenzaban a ponerme algo alterado. Justo cuando abandonaba la estancia el enorme carillón escupió doce campanadas que inundaron el vacío. Era medianoche. Me llamó la atención el no haber oído antes el reloj durante todo el tiempo que pasé dentro del salón. Miré el mío y sonreí. Ya era mi cumpleaños. Desvié la mirada al joven colgante y pensé que de haber podido hablar me habría felicitado el primero, sin ninguna duda. De mi garganta salió un sincero agradecimiento que se deslizó a través del aire hasta esfumarse. Volví a mi cama ilusionado.

No hizo falta esperar hasta casi el medio día para despertarme y bajar al garaje

como una exhalación. Allí me esperaba mi padre junto a una fantástica bicicleta naranja que brillaba casi tanto como mis ojos. Fue indescriptible lo que sentí cuando me senté sobre el mullido sillín. Salí a través del portón metálico como una bala, calle abajo, mientras mi madre me llamaba para que desayunara algo antes de salir, pero llevaba demasiado tiempo esperando ese momento como para entretenerme masticando. Pedaleé con furia en dirección al descampado con una sonrisa de oreja a oreja, soltando el manillar de vez en cuando o poniéndome de pie para que al aire me azotara la cara. Una vez allí invertí un cuarto de hora en derrapar sobre el polvoriento suelo y correr de un lado a otro, hasta que creí conveniente el compartir aquella dicha con mi colega y salí disparado hacía su morada. Introduje feliz mi nuevo y flamante vehículo hasta el mismo salón, aunque lo que hallé no hizo sino entristecerme y amargar tan esperado día. El pequeño seguía allí colgado, como era de esperar, pero su aspecto había empeorado considerablemente y un olor rancio y pegajoso había aparecido de la noche a la mañana. Amplias ojeras inundaban las cuencas de su ahora esquelético rostro y un puñado de vasos capilares de un morado mortecino se esparcían por su cuello. Sus manos huesudas ni siquiera conservaban la curiosa forma de otros días, si no que caían sobre las caderas de modo natural. Evitando soltar una lágrima por tan dantesco y deprimente descubrimiento, arrimé un reposapiés al cadáver para examinar su asqueada faz. Verlo a un palmo de mí no me pareció repugnante, más bien desolador. No entendía como podía haber perdido su buen aspecto en tan solo unas horas. Entonces abrió los ojos y me miró furioso. Fueron décimas de segundo las que tardé en desplomarme mientras sentía como si me agujonearan el pecho y un veneno me paralizara cada músculo del cuerpo.

¿Que fue lo que pasó? Jamás lo sabré, y aunque lo supiera seguro que no sería capaz de explicarlo. Cuando recuperé el sentido aun notaba el terror sacudiendo mis piernas. En

realidad era la falta de oxígeno que me provocaba el estar colgado de esa enorme viga. Mi nuevo ex amigo me miraba desde el suelo, sentado en mi bicicleta nueva, con cara de indiferencia ante la tragedia que ahora se me venía encima. Tuve unos segundos para echar un vistazo al salón, que ahora estaba sin un sólo mueble y con las paredes mohosas, mostrando un aspecto descuidado digno de una casa abandonada. Incluso el suelo había mutado, tan solo eran unos tablones podridos con manchas y arañazos. El traidor desvió la mirada y pedaleó con parsimonia en dirección a la puerta, desapareciendo y abandonándome allí. En un último y vano intento de librarme de la espantosa asfixia que me estaba enloqueciendo traté de aferrarme a la cuerda que brotaba de mi cuello, inútilmente, puesto que mis manos se encontraban amarradas la una a la otra y en la espalda, impidiendo cualquier escapatoria. El reposapiés que había usado se había evaporado junto al resto del mobiliario, y el palmo que me separaba del suelo salvador parecía ahora un abismo insalvable, un pequeño vacío que me aterró por última vez antes de irme.